

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: ¡Redimido eternamente! (Lc. 17:11-19) (10 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



¡Redimido eternamente! (Lc. 17:11-19) (10 días)

Día 1

Mt. 19:1.2

Teniendo en cuenta la cita de Mt. 19 el pintor holandés Rembrandt van Rijn (1606-1669) creó uno de sus más conocidos cuadros: "Hundertguldenblatt" (lo que vale cien monedas de oro). El cuadro presenta, entre otros, distintos grupos de personas del lado derecho, enfermos, afligidos, que buscan a Jesús esperando de Él ayuda y sanidad. Interpretando el cuadro bajo este aspecto, fue titulado "la gran curación de enfermos". Rembrandt mismo había experimentado en su vida mucho sufrimiento, tanto en lo físico como en lo emocional. Por eso pudo expresar y describir esa realidad de la vida con mucha sensibilidad. Cada uno que se enfrenta con sufrimiento, puede encontrar en esa obra de arte su lugar particular. De la persona de Jesús irradia una luz cálida hasta los rincones más remotos, hasta las personas que viven en la oscuridad de la vida. (Lea Is. 9:2-7; 60:2; Mal. 4:2; Jn. 1:4; 8:12.) El artista presenta a muchas personas en particular, de diferentes edades, posición social y cultural; y muy a la derecha los gentiles, que desde muy lejos encontraron el camino a Jesús. Todas las personas se dirigen hacia el centro. Cada una tiene una relación particular con Jesús, o esperando algo de Él, o rechazándolo. En el centro está Cristo, invitando y bendiciendo. Él promete a los dolientes, los maltratados, que han sufrido mucho en la vida: "Yo mismo os llevaré, yo soportaré, y guardaré" (Is. 46:4; lea Jn. 6:37b; Ez. 34:11.15.16; Jer. 31:25).

En los próximos días meditaremos acerca de un informe del evangelio de Lucas que considera los diferentes aspectos que hemos descrito: la enfermedad, el sufrimiento, nuestras diferencias, nuestra relación con Jesús y la cuestión de cómo nos relacionamos con Él. Nos referimos a la curación de los diez leprosos (Lc. 17:11-19).

Día 2

Lc. 17:11-13

En el momento de los acontecimientos de Lucas 17 Jesús se encontraba en el camino hacia Jerusalén, camino de sufrimiento y muerte de cruz. (Comp. Lc. 9:51; 13:22.33.) Esa meta la tiene muy clara delante de sus ojos. No eligió la ruta común de los judíos atravesando el valle del Jordán, sino que pasaba por la zona limítrofe entre Galilea y Samaria, donde estaba la aldea en la que vivían los leprosos. El evangelista Lucas no menciona el nombre de la aldea, probablemente era muy pequeña. Podemos imaginarnos que los diez leprosos se encontraban en la cercanía de la aldea, esperando que alguien les diera una limosna. Probablemente Jesús estaba con un grupo grande de discípulos, que desde lejos lo reconocían. El nombre "Jesús" y sus milagros eran conocidos para los leprosos, lo que se destaca es como lo llaman: "¡Jesús, querido maestro!" "Jesús", "Señor Jesús" hasta hoy nos resulta muy conocido, especialmente en nuestras oraciones. El nombre "Maestro" lo usaron, aparte los discípulos, especialmente en el evangelio de Lucas, también otros que tenían contacto con Él, pues esta expresión era algo usual.

En este encuentro con Jesús denota toda la aflicción de los 10 leprosos, que por mucho tiempo se debió haber acumulado. Ellos ponen todo su ánimo y empeño para conseguir por fin ayuda de Él.

Nosotros podemos derramar delante de Jesús toda nuestra aflicción, incluso gritándoselo, como lo hizo por ejemplo Jairo, el principal de la Sinagoga, también la mujer cananea o el ciego Bartimeo: Mr.5:22-23; Mt. 15:21-28; Mr. 10:47-48.

Día 3

Lc. 17:13-14

“¡Ten misericordia de nosotros!” Aquí se ven muchas expectativas tras esta exclamación! En palabras comunes piden, incluso claman a Jesús con fuerte voz: “¡Ten compasión de nosotros!” “¡Ayúdanos!” “¡Sánanos!” (Comp. Mt. 9:27.) Sus expectativas en Jesús son muy altas. Como el Señor resucitó en su vecindario a un muchacho, esperan ellos ahora ser sanados por Él de su lepra*. El concepto “tener misericordia” que usan los leprosos, nos recuerda la tremenda aflicción que trae la lepra: “El leproso, llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y embozado pregona: ¡Inmundo! ¡inmundo!” (Lv. 13:45). El leproso estaba excluido de su casa, su aldea y le era imposible poder trabajar o ir al mercado. Esa exclusión social y especialmente la prohibición de participar en los cultos a Dios (p. ej. ofrendar) posiblemente era aun más difícil de aguantar que la enfermedad misma. En realidad el leproso “había muerto” para los demás.

También en nuestra sociedad experimentamos que hay personas marginadas, no deseadas y rechazadas. ¿Cómo tratamos nosotros, siendo creyentes, a ancianos, solitarios, personas desocupadas y delincuentes, presos, discapacitados o enfermos mentales? Jesús nunca dice: ¡Están excluidos! ¡No hay posibilidad para ti de participar de la vida! Claramente se puede escuchar la invitación de Jesús: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados ...” (Mt. 11:28; comp. 1.S. 2:8; Sal. 113:7; Mr. 10:13-16; 1.Co. 1:27; Stg. 2:5).

**Lepra*: un concepto que definía diferentes enfermedades de la piel. La transmisión no era muy definida, y una curación medicinal no era posible en aquel entonces.

Día 4

Lc. 17:13-14

Los diez leprosos le llamaron la atención al Señor Jesús por su clamor, y su necesidad estaba claramente delante de Él. ¿Cómo reaccionaría? Jesús se da cuenta de la terrible situación de estos hombres, una situación sin salida. También ve su fe. Pero Él habla con ellos a cierta distancia. No los llama a acercarse, ni los toca. La conducta de Jesús en este caso corresponde a la ley del Antiguo Testamento que manda distancia respecto a leprosos, pues tocarlos resultaba impureza religiosa. (Vea Lv. 13:44-46; Nm. 5:1-4.). En Lucas 5:13, Jesús actúa de una forma completamente distinta e inusual para el tiempo en aquel entonces. Aquí se nos cuenta de un leproso al que Jesús toca con su mano y lo sana por Su Palabra. Pero: El Señor no queda impuro por haberle tocado con la mano, sino que el “intocable” es limpiado y purificado.

Para nosotros sus seguidores vale: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Jn. 15:3; lea Jn. 13:10; Mr. 7:14-23, Gá. 5:16-25).

Al mandar Jesús a los leprosos presentarse a los sacerdotes, los respeta como agentes sanitarios. (Vea Lv. 14:2.3; comp. Lc. 5:14.) Los sacerdotes tenían el mayor conocimiento medicinal y debían declarar impureza o pureza en el caso de curación. Nos llama la atención: hasta el momento no había acontecido nada, Jesús no hizo nada con los leprosos ni les prometió que serían sanos. Los diez hubieran podido enojarse con Jesús: “A otros

también curó, ¿por qué lo hace tan complicado con nosotros? Uno no sabe cuáles son sus intenciones con nosotros...” Ellos también hubieran podido dar la vuelta e ir a otro lado. Sin embargo todos decidieron obedecer a Jesús, hacer lo que Él dijo. (Comp. Lc. 5:5.6; Jn. 6:66-69.)

Día 5

Lc. 17:14; 2.R. 5:1.9.14.15

Con la firme esperanza de que algo acontecería, los leprosos se levantan y caminan. ¿Acaso nuestra confianza en Jesús es tan fuerte que nos levantemos a caminar según Su Palabra, sin saber si realmente sucederá algo? Martín Lutero escribe: “Aquí hay completa entrega y gozoso atrevimiento por su bondad aun desconocida. No hay señales que hacen sentir lo que haría, sino la simple bondad de que Él los tiene en cuenta y esto produce en ellos tal esperanza y atrevimiento de que Él no los dejará.” (Lea Dt. 4:31; Sal. 6:4; 138:8.)

Antes de que los hombres lleguen al templo, a los sacerdotes, acontece en algún lado en el camino el milagro: Ellos son “limpiados”, inmediatamente están curados de su lepra. Así Jesús se manifiesta como Señor sobre las leyes naturales y la enfermedad. Ni siquiera le hace falta tener la persona delante de sí, para poder curarla. (Comp. Lc. 7:1-10; Mt. 15: 21-28.)

Nos podemos imaginar el tremendo gozo de los hombres, cuando repentinamente se dan cuenta que las manchas rojizas en su cuerpo habían desaparecido. Cómo se habrán regocijado y cómo habrán cantado, dirigiéndose con grandes y fuertes pasos hacia el templo. Deben haber tenido nuevo ánimo y habrán hecho planes futuros para sí y sus familias ... - ¿Dónde encontramos en nuestras vidas razones para agradecer? “Cambiaré su lloro en gozo y los consolaré, y los alegraré de su dolor.” “Lo libraré y lo glorificaré.” “Grandes triunfos da a su rey y hace misericordia a su ungido” (Jer. 31:13; Sal. 91:15; 18:4-6.19.49.50).

Día 6

Lc. 17:15.16

Entre estos hombres judíos había un extranjero, un samaritano. En situaciones normales, judíos y samaritanos no se trataban; entre ellos existía una profunda enemistad. Los samaritanos, siendo una etnia mezclada entre judíos y paganos, eran menospreciados por los judíos. Su aflicción había unido a los nueve leprosos con el samaritano en un grupo de común sufrimiento. Por el mandato de Jesús el samaritano acompañó a los nueve leprosos a su templo en Jerusalén, aunque sus conciudadanos tenían su propio templo sobre el monte Gerizim. (Lea 2.R.17:24-41; Jn. 4:9.20.)

Pero llega el momento cuando sus caminos se separan: “El volvió.” Cuánto habían avanzado ya camino a Jerusalén, o cuánto tiempo necesitaban para el regreso no lo sabemos. La realidad de que vuelve a Jesús es suficiente. Leemos que glorificó a Dios con voz en cuello, se postró sobre su rostro en tierra ante Jesús y le agradeció. El samaritano reconoció que Jesús poseía autoridad divina y que era tan grande como para vencer la lepra. Además reconoció el amor y la misericordia con la cual Jesús obraba. Por eso agradece a Jesús y se postra ante sus pies. Este gesto era usual en aquel entonces cuando uno quería expresar su agradecimiento o exponer una petición a un superior. El curado se dirige directamente a su Salvador. Con esta actitud se rinde como ofrenda de

agradecimiento, expresando: “Pertenezco a ti, tú eres mi Señor.” Con esta acción frente a Jesús abandona su lugar de seguridad y se atreve a algo nuevo. El samaritano da un paso desde lo conocido y contable al área de sorpresas de Dios, como lo hace aquel que entrega su vida completamente a Dios. (Comp. Mt. 4:18-22; 19:27-30; Lc.5:27.28.)

Día 7

Lc. 17:16

El samaritano sanado al agradecer a Jesús llega a tener una impresión de la persona de Jesús. Él había recibido la bendición real de Jesús y además entrada libre a todo lo que Dios le quería obsequiar. Entre agradecimiento y bendición existe una conexión misteriosa que se nos menciona ya en los Salmos: “Agradecimiento es el sacrificio que me alegra, y aquel que va por mis caminos recibe mi ayuda” (Sal. 50:23 versión moderna). En otra versión dice al final: “... este es el camino en que le mostraré mi salvación” o “el que permanece en este camino, recibe mi ayuda.”

¿Cómo actuamos respecto a la ayuda de Dios o el apoyo de personas? ¿Lo aceptamos como si fuera totalmente normal, lo pasamos por alto, o respetamos al dador y el don y lo expresamos de forma adecuada ? (Lea Sal. 106: 7.13.21.22; 1.Ts. 5:18.)

Manfred Siebald, un conocido cantor alemán canta: “¡Cuántas veces ya le llevé la lepra de mi vida, mi fracaso, temor, y tristeza! Y tantas veces Él me limpió de todo lo que me afligió y me libró. Diez, no cien veces me dio su ayuda, ¿cuántas veces le retorné mi agradecimiento?”

La Biblia está llena de los buenos dones que Dios nos da. Es parte de Su naturaleza y se alegra poder regalarnos algo. (Lea 2.P. 1:3.4; Stg. 1:17; Lc. 11:9.10.13.) Las frases mencionadas del Sal. 50 nos hacen pensar que por nuestro agradecimiento a Dios sucede algo aun más profundo que sanarse y recibir obsequios, una sanidad interior muy amplia que nos abre para aquello que Jesús quiere ser para nosotros y por su actuar en nosotros. (Lea Sal. 103: 2-5; Jn. 5:14.15.)

Día 8

Lc. 17:17.18; Gn. 3:1-9

Nos preguntamos qué habrá pasado con los otros nueve hombres. Jesús sabía que los diez habían sido curados. Quizás uno u otro ofreció una ofrenda en el templo. Pero Jesús los echa de menos en la comunión con Él: “¿Dónde están los nueve?” Esta pregunta nos recuerda la pregunta de Dios al comienzo de la historia humana: “¿Adán, dónde estás?”, cuando Adán y Eva se habían escondido delante de Dios. Desde aquel tiempo Dios lo sufre vez tras vez: hombres a los que había hecho tanto bien, lo olvidan o van por caminos sin Él o contra Él (Ex. 31:18 – 32:8; 1.R. 14:7-9).

Para Jesús es un tremendo dolor que justamente aquellos, que pertenecen a Su pueblo no volvieron para agradecerle. Esta realidad es a la vez una señal que Israel como pueblo rechazó a su Mesías. (Lea Ro. 9:30-33; 10:21; 11:25-32.) Con su agradecimiento los sanados al mismo tiempo hubieran dado honra a Dios. Pero sus necesidades habían sido satisfechas y ahora la vida seguía para ellos normalmente, sin pensar mucho acerca del dador de los beneficios. “Dos aspectos nos llevan a pensar: El continuo amor de Dios a pesar de la falta de agradecimiento de la gente y la continua ingratitud a pesar del amor de Dios” (F. Rienecker).

Los nueve están nuevamente involucrados en la vida, sin haber conocido lo que es la vida verdadera. El encuentro con Jesús les dio respecto a su salud todo lo que habían deseado, pero no habían comprendido, quién es Jesús en realidad. Probablemente su contacto con Él no siguió después de la curación.

¿Dónde estamos nosotros en nuestra relación con Jesús? Preguntémosle: “Señor, ¿dónde está mi corazón? - ¿Quién soy delante de ti? Dime algo acerca de mi vida” (H. Wolfsberger).

Día 9

Lc. 17:19; 1.Co. 1:9

Con las últimas palabras de Jesús al samaritano le promete una completa sanidad. Él es el único que recibe la promesa: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado.” Un expositor dice: “Aparentemente el evangelista opina que recién aquí en esta última palabra acontece la verdadera bendición de Jesús y el cambio definitivo del problema.” Ahora el samaritano está en su lugar correspondiente: en comunión con Jesús y el Padre celestial. (Lea Lc. 15:7.10-24; 1.Jn. 1:3b.) Él reconoció que a Jesús le importa vivir con Él, y que en las oraciones debe haber también agradecimiento y alabanza. (Lea Sal. 92:1.2; 9:1.2; 150:1-6.) Su corazón está lleno de alabanza y agradecimiento. Ahora Jesús puede mandar al sanado tanto en su cuerpo como en su alma, a que vuelva a su casa. Él sabe que aquí ha comenzado una nueva vida, en la que Dios ocupa el centro, ya no él mismo. El sanado ha elegido con su actitud interior el camino correcto donde se necesita mucha fe. Siguiendo este camino, llegará al fin de su vida a la casa paterna, para vivir allí para siempre.

Manfred Siebald canta: “En tu casa, oh mi Padre, me gusta estar, allí me llenas de tus pensamientos, allí te puedo escuchar, Padre, allí puedo ver lo que tú quieres, ... En tu casa me gusta estar, Padre, porque tú eres el sol, ... Toda mi vida debe ser tu casa, Padre, la casa que tú edificas para ti y tus planes. En esta casa debes quedarte, Padre, llénala completamente, no permito que por nada te vayas de esta casa tuya.”

Día 10

Lc. 17:15.16.18; Hch. 11:18

Hemos leído que el samaritano “alabó” a Dios a grandes voces (otra versión: “glorificaba”) al volver a Jesús. Según su opinión también los demás de su entorno deben saber qué grandioso y poderoso Señor y Rey es Dios, y las maravillas que hizo para con él. En general Lucas pone mucho énfasis en la alabanza a Dios y Su adoración. Este evangelio se puede llamar el evangelio de la alabanza a Dios. Leemos de distintas personas que alaban a Dios bajo diferentes circunstancias: Lc. 2:20; 5:25.26; 7:16; 13:13; 18:43. ¿Hay situaciones parecidas en nuestra vida? ¿Cómo es mi alabanza a Dios?

El pastor Hans Brandenburg expresó en una oración el porqué podemos alabar a Dios y lo que esto produce en nuestra vida: “Te adoramos porque eres tan grande, y porque llevas a aquellos que te adoran dentro de tu grandeza.”

Lo especial en Lc. 17 es que justamente un extranjero adora a Dios. Al igual que los sabios del oriente que adoraron al niño Jesús (Mt.2:11) y el centurión romano junto a la cruz (Lc. 23:47). Se cumple la cita del Antiguo Testamento: “Andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento.” “Porque desde donde el sol nace hasta donde se

pone, es grande mi nombre entre las naciones...” (Is. 60:3; Mal. 1:11; lea Fil. 2:9-11). Estas promesas se cumplirán por completo cuando judíos y gentiles estén delante del trono de Dios: Ap. 5:9.10. “Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Ap. 5:13).